

# La historia del hombre que no se podía mover

Ignacio Madrigal



Image not found.

# Capítulo 1

## **Prólogo**

Siento un frío atroz que recubre mi cuerpo, me giro e intento tirar de la manta que tengo echada por encima. Es inútil, no consigue taparme por completo y me termino por despertar. Tengo la mano izquierda entumecida y congelada, probablemente por haber dormido encima de ella; el resto de mi cuerpo no está mejor, hace días que no siento la espalda y tengo el cuello tan rígido que dudo que pueda volver a girarlo. Pero todo tiene su explicación.

Me incorporo y coloco mis rodillas en mi pecho, intentando empequeñecerme para que la manta pueda taparme entero. Una vez consigo que desde mis pies a mi cuello queden tapados empiezo a coger una bolsa de cereales; copos de maíz sin azúcar ni leche, un desayuno triste y escueto para un hombre olvidado y solitario. Intento bajar el desayuno con una de mis botellas de agua y cuando termino vuelvo a coger el cartel de cartón con la foto, me pongo los guantes que la noche anterior había escondido y me preparo para otra mañana.

\*\*

\*\*

Sobre media tarde viene una marabunta de personas que andan con prisa, sin mirar a su alrededor; claro, siempre hay excepciones, apenas una docena de personas se fijan en mi e intentan darme dinero, pero no es lo que yo busco. Rechazo su misericordia como buenamente puedo y les pregunto si han visto a la mujer que aparece en mi cartel, me contestan que no, que no la conocen. No me desanimo, se que alguien la conocerá y le dirá que hay un hombre buscándola, pero aún no ha llegado esa persona.

Llega un policía entre toda la marea de gente, me ve y se dirige a mí con curiosidad y preocupación, no lo llega a expresar directamente pero su actitud lo delata.

- Buenas tardes, señor. ¿Necesita usted algún tipo de ayuda o necesita que le indique dónde está el albergue? – Su voz denotaba la preocupación que os comenté antes, es un hombre empático según puedo distinguir por

lo genuino de su preocupación.

- N-no, gracias. Espero a una dama, sé que volverá, sé que en algún momento sus recuerdos la llevarán hasta mí y volverá aquí, al lugar dónde nos conocimos. – Mi propia voz me sonaba extraña a pesar de que la usaba casi a diario para preguntar por ella. Se lo comento con una esperanza vaga y con una determinación que sobrepasa los límites de lo sano.

- Mire señor... ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

- No se lo he dicho; me llamo ... - En ese momento una ráfaga de viento gélido crea un ciclón de hojas, con la potencia suficiente para que no pueda escuchar mi propia voz, aunque parece que él si me ha escuchado.

- De acuerdo señor... - Un camión pasa cerca de nosotros e interrumpe la voz del policía. – No puede acampar aquí, es una vía pública, además de que todos los indigentes, disculpe el termino, debería de refugiarse en el albergue de Santa Teresa, no asentarse en la calle comercio.

- Pero agente, no puedo abandonar este lugar; todo lo que me mantiene vivo está aquí, ya no sólo la comida, sino la esperanza de encontrarla. Ahora vivo por y para ello.

- Le entiendo, pero no puedo consentirlo, mi trabajo y su situación precaria nos obligan a ambos a actuar. Como bien puede entender, sería una grave infracción grave por mi parte permitirle quedarse. – Me dice e insiste, sé por su postura que no va a dar su brazo a torcer.

- Su trabajo lo obliga a usted, pero a mí me obliga la fe. ¿No podría hacer como si no me hubiera visto? Así no salimos perdiendo ninguno.

- No debo hacerlo, ni debo permitirlo, pero sé de buena mano que, aunque le acompañara al refugio volvería a verlo aquí mañana; no puedo detenerlo porque no crea altercados y no sería lógico abrirle un expediente. Mire, hagamos esto: tiene tres semanas para conseguir hacer que esa mujer vuelva con usted o para que desaloje este lugar, si para ese plazo sigue aquí, pasará a residir en el albergue de forma voluntaria hasta que consiga hacer vida normal, o me veré obligado a arrestarle y a abrirle un expediente. ¿De acuerdo?

- Dios le compense por su gran amabilidad. Le prometo que no le acarrearé ningún problema. – Después de decirle eso, el policía se da media vuelta y se va, quizá dando por finalizada la conversación.

\*\*

\*\*

Desde aquella conversación han pasado dos semanas, al parecer la historia del hombre que no se podía mover se extendió, se divulgó lo suficiente como para llamarle la atención a la prensa. Salí en noticiarios y en periódicos, con la misma imagen siempre, una barba y pelo descuidados, unas gafas torcidas y con mi cartel de cartón en el que estaba la imagen de la mujer a la que amo.

Entonces un día la vi. Estaba en la entrada de la Calle Ancha, no tenía el valor suficiente como para venir a hablar conmigo, pero sí como para venir a verme. Entonces he sabido que sólo tenía que esperar un poco más para conseguir que todo volviera a ser como antes. El tiempo también estaba de mi parte, quedaba casi entera la tercera semana que tenía de plazo con el policía.

Entonces mis sueños se vieron truncados cuando ella se fue sin llegar a dirigirme la palabra. Todas esas esperanzas quedaron reducidas, pero no destruidas. Como bien dije antes, no había reunido aún la suficiente valentía como para hablar tranquilamente con el hombre al que le había hundido la vida; algo perfectamente normal, nunca se está preparado para eso.

Y entonces todo se desvaneció cuando un destello me cegó, cuando unos chirridos insaciables me dejaron sordo, cuando un olor a quemado me llenó de hollín los pulmones. Cuando la vida se decidió a abandonarme después de haberme hecho pelear por ella, después de haberme arrugado y roto antes de volver a pegarme con tiritas.

Pero todo tiene un inicio, y eso incluye las historias. Lamentablemente, eso incluye la mía.

## Capítulo 2

### La magia de las castañas

Me levanto de uno de los bancos de piedra que ofrece la popular plaza de Zocodover, me dirijo a uno de los puestos de comida rápida que se ofrecen a servirme y termino por decidirme por el McDonald's, ¿para qué? Os estaréis preguntando, seguramente. No era para cenar, pues apenas eran las cinco y media de la tarde sino para comprar la única cosa que me gustaba de aquella cadena rápida de mala muerte: su café Moca. Y de una manera tan casual, atravieso los tres toldos que ofrecen los tres bares que asoman tímidamente a los laterales de la previamente mencionada cadena y termino llegando a su puerta. Entro y utilizo una de las modernas pantallas que han sustituido la petición en caja, y pido mi café; por consiguiente, me toca esperar unos cinco minutos preciosos que siento marcharse cuando podría estar escribiendo o pensando en qué hacer en la próxima jornada de trabajo; entonces dicen mi número, me entregan mi café y abandono el local, encaminándome esta vez a la calle ancha con dirección a la plaza del ayuntamiento.

Primer paso en Zocodover, me estremezco de pies a cejas, mientras camino de una manera tan trivial a lo largo y ancho de una plaza tan antigua, sangrienta y triste como lo había sido el suelo que pisaba en aquel momento mis pies. Entonces abandono mi tan estudiada plaza para entrar a la calle comercio, mil veces referida como calle ancha, que se despliega ante mí como un abanico, mostrándome a mi izquierda a una señora que vende castañas, con las que acompañar mi café, y a mi derecha un cajero automático, si mal no recuerdo de la cadena de Liberbank, que brilla ante la ausencia de clientes que lo utilicen. Me acerco a la señora, le pido un cono de castañas, apenas una docena con las que poder complementar lo que parecía ser una merienda en toda regla. Pero eso no es lo realmente importante, después de esquivar mareas de turistas que visitan Toledo esas navidades consigo llegar a la plaza del ayuntamiento, también conocida entre mis amigos y yo como la plaza del agua. No es sino cuando me siento en uno de los congelados peldaños de un edificio que un banco queda casualmente vacío, ofreciendo un asiento medianamente templado y más cómodo que donde me había sentado; así pues avanzo a una velocidad moderada, que no desesperada, para conseguir sentarme antes de que algún otro grupo de adueñara de él.

Me siento, dejo el café entre mis muslos mientras sujeto el cono de castañas con una mano y saco de mi abrigo un cuaderno de sobria piel negra que posiblemente use para escribir los primeros versos que se me vengan a la cabeza, para después arreglarlos, retocarlos y hacerlos dignos de ser leídos. Dejo apoyada la libreta mientras le doy un trago largo al café y miro a mi izquierda tras sentir como alguien más se ha sentado en el banco. Es una chica, castaña de pelo y ojos; posiblemente bajita, ya

que sus pies tocan el suelo por poco estando sentada; de nariz pequeña y respingona; y que me ofrece una sonrisa cordial al ver todo el batiburrillo que se aúna a mi alrededor.

- ¿Quieres una? - Pregunto levemente ofreciéndole el cono con un movimiento de brazo que parecía un espasmo.

- Si no te importa... - Replica con voz queda mientras extiende tímidamente su mano para tomar una del rollo de periódico. - Está muy caliente... - murmura mientras intenta abrir la castaña con sus dedos de uñas mordidas.

- Recién compradas, tienden a estar calientes por regla general -me dedica una mirada ofendida mientras sigue intentando pelar el fruto seco que agarraba con ambas manos-, no te ofendas, simplemente son hechos.

- Buenos, me parece que esos... hechos no son lo más adecuado para hablar con alguien a quien no conoces.

- ¡Oh! Disculpa mis modales, me llamo Ignacio, aunque todos me llaman Nacho, un placer conocerte. ¿Me dirías tu nombre, por favor? - Le doy otro sorbo al café.

- Dios mío -rueda los ojos-, ¿acaso eres del siglo pasado? Tampoco hace falta que seas tan formal -hace un mohín cuando por fin consigue levantar un poco de la cáscara de la castaña-. Me llamo Iris.

- Perdón si me pongo muy formal, sueno borde o simplemente robótico, no se me da bien hablar con la gente. ¿Quieres que te ayude con eso? - Pregunto al ver que le sangra de forma escasa por la uña del dedo con el que había abierto la castaña.

- No. No, puedo yo. Simplemente tengo la mala costumbre de morderme las uñas, pero sigo pudiendo hacer esto y mucho más.

- No lo dudo -termino de arreglar otra castaña, las pocas que quedan del cucurucho las meto en el bolsillo de mi abrigo envueltas en el amasijo de papeles con el que venían-. Pero no dudes en pedir ayuda si necesitas. - Concluí antes de abrir la libreta y mirar al infinito con el bolígrafo en la mano.

- ¿Qué escribes? - Pregunta con suavidad mientras me tiende la castaña que no había podido abrir antes.

- En un principio, versos; en un sueño, una rosa que emerge del poema; en un mérito, algo que no sea vomitivo. - Bromeo tomando la castaña y

pelándola pensando en lo extravagante de la conversación.

- No creo que seas malo, tienes pinta de poeta capaz y popular. ¿Has publicado algo? Para buscarte.

- No, de momento no he publicado nada. Las editoriales son condenadamente caras. - Le ofrezco el fruto ya limpio.

- ¿Me dejarías leer algo de lo que tienes escrito? - Tomó la castaña y se la metió en la boca. - ¡Augh! ¡Guema! - Dice con la castaña aún en la boca.

- Te dije que estaban calientes. Toma, lee lo que quieras. - Repongo ofreciéndole la libreta y dando otro trago al café, que lamentablemente está por terminar.

- Voy -traga la castaña que había mordido a toda prisa y sin degustar-. "Tenebroso día invernal, // hojas de cedro en el suelo. // Ojos y semblante glacial, // mil aves que alzan el vuelo. // Un disparo que resuena // y una caída que nadie espera. // // Te vi, sin vida ni aliento, // y ya no sé ni lo que siento. // Recaída en la oscuridad, // alienta mi búsqueda de la verdad. // No me dejes morir en soledad, // acompáñame hasta el final." - Se me queda mirando-. Desde luego se nota que eres la alegría de la huerta. ¿Qué significan las barras?

- Las dos barras son el cambio de verso, y los cuatro son cambio de estrofa, así ahorro papel. - Le daba vueltas a lo que me había dicho antes -. No es fácil escribir cosas felices si no sueles estarlo. La neutralidad emocional suele tirar más a la tristeza que a la alegría.

- Tiene que ser terrible no ser feliz. - Me dirige una mirada sonriente -. ¿No es más divertido si enfrentas la vida dando la cara con una sonrisa?

- Puede que más alegre, pero lo divertido es no darle a la vida la oportunidad de destruirme anímicamente.

- Sip, eres un poeta muy romántico.

- ¿En el sentido original o en el francés?

- ¿Hay dos? Yo me refería a romántico del estilo de los poetas románticos españoles, ya sabes, Bécquer y esos.

- Hay dos, el original es el de "Bécquer y esos" y el francés es el romántico orientado a la atracción.

- Eres muy raro. - Dirige una mirada indiscreta a su reloj. - Me tengo que

ir ya. ¿Sueles venir por aquí?

- No, suelo pasear por todo Toledo buscando las musas que me rehúyen.

- Bueno, si alguna vez te veo te tendré que compensar la castaña que me has regalado. - Se pone de pie de un salto, confirmando lo que sospechaba. Apenas mediría un metro sesenta y poco. - Y si te sientes muy tentado de verme de nuevo siempre puedes buscarme tú a mí.

- Prefiero dejar los encuentros esporádicos en manos del azar.

- Que soso. En fin, hasta la vista, Nacho.

- Hasta luego, Iris.

Se marcha, y la sigo con la mirada durante un breve instante antes de plantearme que acaba de pasar. Escribo un par de cosas sin sentido en la libreta y la guardo antes de terminarme el café y mirar a la fuente mientras me planteo el porqué el amor literario actual se basa en romances a primera vista, enfermizos y efímeros. Pienso en Iris y me digo a mí mismo que una conversación casual no tiene nada que ver con el corazón, que solo una conversación al azar no puede enamorar a nadie. Sería completamente irracional. El amor se forma lentamente, como un guiso, primero debe de haber una base de conocimiento mutuo sobre el otro, después unas vivencias en conjunto y por último, una intensa similitud entre ambos. Es completamente mentira que las personas opuestas se atraen, estudios corroboran que entre más similares sean las personas más atractivas resultarán entre ellas.

Me pongo de pie con el vaso de cartón manchado de café en la mano y paseo lentamente por la plaza hasta dar con una papelera donde tirarla. Saco mi teléfono y miro la hora. Tarde, siempre es tarde. Camino hasta dar con las escaleras mecánicas que dan hacia Recaredo; tras bajarlas y caminar hacia Santa Teresa pasando por la Reconquista llego a mi casa, un pisito modesto tres pisos por encima de la cafetería/tapería conocida como La Ramona. Entro por el portal, subo las escaleras hasta el tercero y entro en el B.

- ¡Sisy, estoy en casa! - Digo al aire.

- Es tarde, ¿en qué te has entretenido tanto? ¿Se te han ocurrido versos nuevos?

- Para nada, solo una persona demasiado extraña para mí.

- Es decir, una persona normal.

- ¡Eh! Sin ofender. Una persona promedio. Nadie sabe definir normal. - Entro al salón, donde veo a mi mejor amiga tumbada en el sofá con Nala en su regazo. - Lo va a llenar todo de pelos. ¿Qué has hecho toda la tarde, Ainhoa?

- Estudiar.

- Has estado viendo Netflix con Nala, ¿verdad?

- Puede... No todos tenemos trabajos por horas.

- Bueno, ¿qué te apetece cenar?

- Es martes, tocan lomos. ¿Con quién te has encontrado? ¿Alguno de la uni?

- ¡Qué va! Una chica, puede que dos años más joven. Decía que se llamaba Iris. -mientras me quito el abrigo noto el bulto de las castañas. - ¿Quieres lomos con castañas?

- Uy que te me enamoras... No gastes las castañas ahí, dámelas mientras tanto.

Le lanzo la pelota de papel y terminé de quitarme los guantes, el abrigo, la bufanda y el gorro.

- Mi corazón está guardado, por eso no te preocupes. ¿Vas poniendo la mesa mientras? - Sugiero mientras entro en la cocina y empiezo a preparar los lomos para la cena. - Y pon algo de música, por favor.

- Ya voy. Nala, bájate. ¡Nala! - Me llega su voz indignada- . Si no te bajas no puedo hacer nada. -Silencio. - ¿Qué quieres escuchar?

- ¿Te parece bien "Posiblemente, más de 100 pasos para hundir una vida"?

- Vale, pero elijo la canción. - Dice suavemente mientras se escuchan el ruido de vasos y cubiertos en el salón. - Esta misma. - Empieza a sonar Need you now, de lady antebellum.

Después de cortar nervios y poner a calentar la plancha pongo los lomos y espero hasta que se hagan. Una vez termino de cocinar, los pongo en un plato, los llevo al salón y me siento en el sillón mientras Nala me mira con ojos suplicantes para que le de un poco.

- No, ya sabes que te sientan mal -le murmuro a la mascota-. ¿Qué hay

en el catálogo que no hayas visto ya?

- Poco, pero esta noche la tele es tuya, he quedado con Carmen, Alba y Lorena.

- Dios mío, qué cruel. Abandonarnos a Nala y a mí en esta gélida noche invernal. - Actúo con una sonrisa en la boca. - Puede que salga con los míos también. ¿Jesús está libre hoy? Para dejarle a Nala esta noche.

- ¿Plateado o Sánchez?

- Platita.

- Está libre. Le visitaban sus padres hoy, creo.

Terminamos de cenar bajo la sinfonía de las baladas de metal y rock que componen la playlist, tras lo que recojo todo mientras Ainhoa acapara el baño.

- Es maquillarte, no pintar un Velázquez.

- Es ser humano, no ser un cabrón.

- Touché. Voy a dejar a Nala con Jesús, vuelvo en un momento.

Le pongo la correa larga a la perra y salimos al pasillo hasta que el vecino nos abre la puerta.

- Buenas. ¿Sería mucha molestia para ti cuidar de Nala esta noche, por favor?

- No, para nada. Ya sabes que esa fierecilla y yo nos llevamos genial. ¿Vais a volver muy tarde u os espero?

- Posiblemente muy tarde. Perdón por la papeleta, te lo compensaré.

- Creo que un cubo de La Ramona entre los tres será suficiente. - Ofrece con una sonrisa.

- Claro, encantados. Bueno, muchas gracias, hasta mañana.

- Un placer.

Regreso a mi piso, donde voy directo a mi cuarto para cambiarme a algo más informal mientras llamo al grupo del Sexteto.

- ¿Mendi? ¿Pistacho? ¿Pablo? ¿Javi? ¿Gustaff?
- Solo los de Azu. - Me responde la pantalla encendida.
- ¿Tenéis planes esta noche?
- No, pero suena a que ahora sí.
- ¿Qué os parece el Camelot en cuarenta minutos?

El silencio se hace mientras termino de subirme los pantalones.

- Que sean cincuenta y estamos dentro.
- Claro que sí. Hasta dentro de un rato chicos.
- Chao.

Y el pii delata que la llamada se ha acabado. Me pongo una camisa y una trenca y me siento en la cama a esperar que Ainhoa salga del baño.